

Instituto de Investigaciones Gino Germani
VI Jornadas de Jóvenes Investigadores
10, 11 y 12 de noviembre de 2011.

Autor: Anahí Brunelli

Afiliación institucional: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP

E-mail: anahibrunelli@tutopia.com

Eje 1: Identidades.Alteridades

Título: En busca de las voces perdidas. Los discursos en pugna y la construcción de la identidad

En busca de las voces perdidas. Los discursos en pugna y la construcción de la identidad

Anahí Brunelli
Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP

I. Introducción

La comunicación es uno de los factores que está en la base de todo proceso de organización social pues es una de las instancias decisivas a través de las cuales se opera la constitución de la identidad individual y colectiva.

Poder comunicarse es “tener voz” en la comunidad, poder “decirse” a sí mismo, transmitir las propias experiencias y ser escuchados; es una puesta en común, una situación que implica no solo expresarse sino, fundamentalmente, sentir que se pertenece a una comunidad y que se es alguien en ella a través del reconocimiento y apropiación de un imaginario social compartido, pues “el sujeto deviene como tal en la trama relacional de la sociedad”¹.

En ese proceso de construcción de la subjetividad que se opera a través de la comunicación nos encontramos hoy en una instancia crítica en que, entre otras alteraciones, se han modificado o se han perdido las viejas formas de autenticación que se operaba a través de los relatos. En ese sentido, Arfuch² señala que se ha producido una multiplicación y complejización de las narrativas a través de las cuales se producen los procesos identitarios. A esa modificación de los relatos debemos sumar el auge que ha adquirido en nuestra época otra modalidad discursiva también compleja: la argumentación.

A lo largo del proceso de investigación realizado³, he dado cuenta tanto del valor de los relatos y de su multiplicidad (el testimonio y la confesión, entre otros) como de las estrategias argumentativas que el discurso periodístico pone en juego en la representación de los hechos, no solo con el fin de describir dichas retóricas sino para analizar la interacción y confrontación de lógicas discursivas que tienden a silenciar las

¹ Dabas, Lina y Najmanovich, Denis (comp.). *Redes. El lenguaje de los vínculos*. Paidós, Buenos Aires, 1995; pp.64-69.

² Arfuch, Leonor. “Problemáticas de la identidad y culturas contemporáneas”. En: Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (comp.). *La cultura en la Argentina de fin de siglo*. Bs. As., UBA, 1997.

³ Como integrante del proyecto acreditado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, “Visibilidad y borrado de los sujetos en la prensa gráfica”, realizado bajo la dirección de María Elena Sanucci y recientemente concluido.

voces de los actores sociales más desfavorecidos; para desocultar los procesos sociales que operan en la base de esos discursos y para establecer de qué modo éstos afectan los modos de constitución de la identidad.

Los apartados que constituyen el cuerpo de este trabajo dan cuenta, a modo de síntesis, de esas cuestiones que vertebraron la investigación a la vez que explicitan, mediante el orden en que se presentan, las etapas de su desarrollo y la causalidad que las relaciona.

Así, en “El silencio de las voces”, y a partir de los conceptos que Foucault desarrolla en *El orden del discurso*, hago referencia al modo en que se produce el borramiento de las voces en la trama discursiva del contexto social y a la serie de interrogantes, derivados de esa problemática, que dieron cauce al avance de la investigación; en “Los discursos en pugna” establezco el modo en que confrontan dialógicamente las tres lógicas discursivas que hoy prevalecen en los procesos comunicacionales y que contribuyen, por el poder que ostentan, a operar el silenciamiento de otras voces y de otros discursos; en “Fenómeno transgresor y retórica periodística” considero los fenómenos transgresores como estrategias de autoafirmación identitaria de los sujetos más débiles y analizo los procedimientos retóricos con que los discursos de los medios invalidan dichas estrategias; en “Vidas desperdiciadas y gesto interruptor”, con los aportes de Bauman y García Canclini, incluyo el estudio de dichos fenómenos en marcos interpretativos más amplios a fin de dar cuenta de las ideologías que subyacen a esos discursos que naturalizan la exclusión social y terminan por favorecer su carácter permanente; finalmente, en “Identidad y exclusión” señalo el modo en que esos procesos de exclusión afectan la constitución de las identidades sociales.

II. El silencio de las voces

Foucault sostiene que el discurso no es sólo lo que manifiesta o encubre el deseo, es también el objeto de deseo; es decir, no sólo es lo que traduce los sistemas de luchas sino aquello por medio del cual y por lo cual se lucha, es el poder del que uno quiere adueñarse: el poder de la palabra.

Por ello, en toda sociedad la producción del discurso está controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función dominar el acontecimiento. Son mecanismos de control y delimitación del discurso, modos de

exclusión discursiva, entre lo cuales la voluntad de verdad es el que fundamenta los demás pues está apoyado en un soporte institucional, es decir, reforzado por una serie de prácticas que son las que hacen circular el saber en la sociedad a la vez que lo legitiman. Esa circunstancia determina que es el que tienda a ejercer sobre los otros discursos una presión, un poder de coacción. Sin embargo, es el menos visible como procedimiento de exclusión pues al estar enmascarada esa voluntad de verdad en la verdad misma, parece exenta de poder y deseo, se presenta ante nosotros en forma encubierta o engañosa, revestida de libertad o investida de necesidad, como “la verdad” de carácter universal y se oculta como maquinaria destinada a excluir⁴.

Por esa razón, el éxito de cualquier estrategia discursiva no consiste solamente en crear las condiciones de aceptación de ciertos discursos (la pretensión de verdad, el carácter de texto fundante en oposición al “comentario”) sino en volver imposible la escucha de otros, esto es, silenciar las voces ajenas mediante mecanismos de exclusión discursiva como el rechazo, la descalificación, el silenciamiento. En la medida en que cada enunciado reclama para sí el lugar de la verdad, éste se transforma en un lugar de combate donde el “decir verdadero” de uno no es sino la capacidad para “descolocar al otro”, esto es para silenciarlo, para excluirlo discursivamente⁵.

Esos procedimientos de exclusión discursiva y la consiguiente lucha por el derecho a la palabra se convirtieron a lo largo de nuestra investigación en cuestiones relevantes para el análisis, en cuyo transcurso surgieron una serie de cuestiones diversas pero interrelacionadas.

Por un lado, nos preguntamos quiénes son los que tienen voz en la sociedad y cuáles son los mecanismos por los cuales se adquiere un lugar discursivo en la trama social. Esto nos llevó a la incorporación de otro concepto, el del discurso utópico que es aquél que pugna por construir un espacio textual donde radicar las formas de constitución de la identidad y de la comunicación sociales para contrarrestar el poder de los mecanismos de exclusión. Finalmente, nos interrogamos por el modo en que los discursos de los medios ocultan a los sujetos y sus problemáticas invalidando el carácter estratégico de esas utopías discursivas que los sujetos menos favorecidos utilizan como modos de afirmación identitaria.

⁴ Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Tusquets, Barcelona, 1980.

⁵ Mangone, Carlos y Warley, Jorge (ed.) *El discurso político, del foro a la televisión*. Buenos Aires, Ed. Biblos, 1994.

III. Los discursos en pugna

Para dar respuesta a esos interrogantes, consideramos necesario problematizar la reflexión en torno a la relación de tres lógicas discursivas que interactúan privilegiadamente y que compiten entre sí en el campo de la comunicación: la del discurso argumentativo; la de la política y la del periodismo.

El discurso argumentativo es un sistema de conceptos y de imágenes que constituye una manera de ver, aprehender e interpretar las cosas, que pone de manifiesto una determinada concepción del mundo y, al hacerlo, adquiere una perspectiva ilocutoria, esto es, una voluntad de actuar sobre el destinatario, de modificar su comportamiento, ya que toda argumentación supone, al menos, dos interlocutores pertenecientes a una misma comunidad.

Como no hay argumentación pura, es decir, fuera de un marco social y de condiciones reglamentadas de interlocución, si bien esta modalidad discursiva ha sido objeto de estudios teóricos desde la antigüedad y puede considerarse que su nacimiento coexiste con el del lenguaje, hoy reviste particular importancia por el hecho de que ya no se reconocen verdades ni valores absolutos y las más diversas y encontradas propuestas ideológicas compiten entre sí por mantener o conquistar adherentes. Esta situación conduce a una especie de debate social permanente y generalizado, en que las armas de la argumentación desempeñan un papel principal al poner en juego una serie de mecanismos y estrategias que tienden, por su carácter persuasivo y apelativo, a construir lo que se entiende por verdadero, a formar y dirigir la opinión social y a estimular acciones en cierta dirección, generando la certeza y la convicción de que “las cosas son así”.

Por su parte, la política es el ámbito de confrontación de las distintas instancias del poder social, espacio de vertebración y síntesis de las contradicciones y enfrentamientos en torno a un proyecto histórico. Pero no existen relaciones políticas que no estén atravesadas por los discursos, que se vuelven legítimos e ilegítimos en un momento determinado de la historia; por ello, la comunicación política es una formación discursiva específica de las condiciones sociales en las que se enuncia y el resultado de prácticas sociales que tienen una determinada lógica de significación. Tal como señala Wolton⁶, la política es inseparable de la comunicación, proceso dinámico y abierto en

⁶ Wolton. “Las contradicciones de la comunicación política”, en: Gauthier, Gilles y otros (comps.). *Comunicación y política*. Barcelona, Gedisa, 1998; pp.110-130.

que se intercambian los discursos contradictorios de los actores que se expresan en público sobre la política. Es decir, no hay comunicación política sin espacio público que es donde entran en juego la selección de los temas y de los problemas sobre los cuales se ajustan los enfrentamientos cognitivos e ideológicos del momento.

La comunicación política es, entonces, un lugar de enfrentamiento de discursos que tiene la característica de terminar con la victoria frágil de un argumento sobre otro. Por esa razón, la palabra y el debate argumentativos sobre la legitimidad de los principios que regulan la política se vuelven primordiales.

El discurso periodístico, a su vez, define y legitima implícitamente un marco de lectura y un régimen de legibilidad de la realidad; contribuye a elaborar representaciones sociales y ejerce una influencia en la esfera pública, particularmente en el proceso de constitución de colectividades identificantes duraderas. Por ello, el periodismo puede considerarse un actor político privilegiado como difusor y constructor del imaginario social con lo que ejerce una función socializadora y de formación de las culturas políticas.

Todo el problema de la comunicación podría resumirse, entonces, en las condiciones sociales en que se establece la lucha por la codificación/decodificación de los mensajes, que no es otra que la lucha por las reglas de legitimidad discursiva que funcionan en un momento de la historia. La palabra dicha no será nunca absolutamente propia sino que dependerá de este doble juego de las condiciones sociales de enunciación y de escucha en que fue producida.

De esa dependencia de la comunicación de las condiciones de enunciación y de recepción, surge el tema de la opacidad del discurso político, la consecuente intervención de la mediación periodística y la importancia de la retórica.

El discurso político puede ser considerado como opaco, como discurso que oculta sus “miras” y que no puede ser comprendido por el público. Frente a esta opacidad, el mediador procede a reformularlo y reescribirlo para hacerlo transparente, oficiando de comentarista⁷ con lo que propicia un esquema de lectura de la información y orienta la interpretación. Esta situación hace que el mundo político tenga muy en cuenta las condiciones en que habrá de operarse la mediatización y se vea obligado a desarrollar

⁷ En el sentido de que reescribe o reformula un texto original como señala Foucault en la obra ya citada.

estrategias, particularmente argumentativas, con el fin de mantener la integridad de la palabra emitida⁸ en virtud del dominio que ejercen los medios.

A esto se suma el hecho de que, actualmente, las reglas de la argumentación y las del mundo mediático que transportan el discurso político hacia el público se han complejizado y transformado profundamente porque han cambiado las formas de la representatividad política. Se ha producido una crisis institucional que trajo aparejadas la “expansión del papel crítico del periodismo” (difusión en vivo de juicios políticos, cámaras ocultas para denunciar la corrupción, por ejemplo); la aparición de los “liderazgos de popularidad”, más personales y mediáticos pero también más efímeros; la expansión del espacio público con nuevas formas de expresión y de protesta de la ciudadanía que multiplican, en dicho espacio, el entrecruzamiento de voces virtuales y reales⁹.

En ese contexto, es importante que la labor de investigación que se realice en relación con los procesos comunicacionales reflexione sobre el fundamento de un sistema en el que la construcción ficticia parece sustituir a la realidad; tener en cuenta las consecuencias de la mediatización en el ejercicio de la argumentación; observar cómo los dispositivos de información de los medios cuestionan el encuentro entre la visibilidad mediática y la legibilidad social, esto es, evidencian la inadecuación entre los discursos y la realidad¹⁰; la discontinuidad entre los problemas estructurales de la sociedad y los fenómenos de significación¹¹.

IV. Fenómeno transgresor y retórica periodística

Esa lectura no simplista sino problematizada de las condiciones de producción y recepción de la palabra política y del contexto mediático en el que es producida permitirá desocultar las ideas y concepciones político-sociales subyacentes en esos discursos a fin de dar cuenta tanto de los modos en que se configuran las identidades como de los procesos retóricos que borran o invisibilizan las voces de los sujetos menos

⁸ Breton, Philippe. “Medios, mediación y democracia”, en: Gauthier, Gilles y otros (comps.). *Comunicación y política*. Barcelona, Gedisa, 1998; pp.356-371.

⁹ Cheresky, Isidoro. *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires, Manantial, 2008; pp.35-39.

¹⁰ Mouchon, Jean. *Política y medios*. Barcelona, Gedisa, 1999.

¹¹ Quevedo. “Política, medios y cultura en la Argentina de fin de siglo”, en: Filmus, Daniel (comp.) *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América y Argentina de fin de siglo*. Bs. As., Eudeba, 1999.

favorecidos, es decir, los procedimientos de silenciamiento que contribuyen a garantizar el carácter permanente de la exclusión social y que, al tener como efecto la privación de los lazos sociales, no permiten establecer vínculos identitarios duraderos.

Con ese propósito, hemos realizado el análisis de casos no elegidos al azar sino porque presentan como rasgo común su carácter transgresor: robo y toma de rehenes (en el caso Ramallo); casos de gatillo fácil (la masacre de Avellaneda); la ocupación del espacio público (los piquetes en el puente de Avellaneda, los cacerolazos) y la del espacio privado (la toma de viviendas en el Bajo Flores), pues coincidimos con García Canclini en que sólo en esos escenarios de tensión, encuentro y conflicto es posible pasar de las narraciones sectoriales a la elaboración de conocimientos capaces de demostrar y controlar los condicionamientos de cada enunciación¹².

En el análisis de las estrategias discursivas a través de las cuales se representaron en la prensa gráfica dichos fenómenos, hemos determinado, en principio, una serie de recursos (tales como la denominación estigmatizante; la criminalización; la inversión de roles, la deslegitimación del objeto del deseo, entre otros) que anulan el carácter estratégico de esos actos, es decir, invalidan su valor como formas de autoafirmación identitaria utilizadas por los sujetos menos favorecidos.

En segundo término, observamos que los dispositivos discursivos de los medios configuran una representación asociada con lo delictivo, con la transgresión, con la alteración de un orden instituido a la vez que contribuyen a acentuar modalidades de invisibilización y de borramiento de los sujetos (con estrategias tales como la importancia de lo no dicho, los procedimientos de inversión, el juego discursivo de ocultamientos y desplazamientos) que instalan una mirada y una interpretación parcializadas de los hechos, estableciendo un régimen de legibilidad y una concepción del funcionamiento de la sociedad determinados ideológicamente.

Al priorizarse, por ejemplo, en la representación del acto transgresor las *formas* de manifestación antes que el *origen* del reclamo, se produce un desplazamiento en el esquema problema/solución: en lugar de atenderse a las causas (el desempleo, la falta de vivienda) se focaliza la atención no sólo en las consecuencias más visibles, es decir, en el descontento y en los inconvenientes que acarrearán en el resto de los ciudadanos esos hechos, sino que también se ocultan las consecuencias más profundas y acuciantes

¹²García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona, Gedisa, 2004.

como son la exclusión y la pobreza. Así, frente a las manifestaciones de protesta se ponen en juego mecanismos de control o de represión que atienden exclusivamente a la situación coyuntural y no se proyectan hacia la solución radical del problema mediante un programa político-social serio y consistente.

También es significativo, en ese sentido, el procedimiento de inversión (operado mediante los recursos de la nominalización y el uso de la voz pasiva, entre otros) que produce la “cosificación” del sujeto. El tratamiento del sujeto como objeto trae como consecuencia grave la liberación moral, ya que no hay moral aplicable en el tratamiento de un objeto. Así, las acciones provenientes de los funcionarios o de las instituciones civiles y gubernamentales, que involucran a las personas de los asentamientos o a las víctimas de los asesinatos, quedan eximidas de toda valoración posible en términos de una moralidad humana. Dispondrán de toda la libertad para actuar impunemente y sin que sientan sobre sí el peso de ninguna responsabilidad moral pues sus actos nunca podrán ser sancionados desde esa perspectiva.

V. Vidas desperdiciadas y gesto interruptor

Si hay un modo de construir la realidad que excluye o silencia sujetos y hechos, que invierte los términos lógicos de la causalidad, es evidente que, paradójicamente, este ocultamiento es, al mismo tiempo, una revelación: hay otras miradas posibles con las que el texto dialoga, por silenciamiento u oposición.

Por ello, para comprender la estructura de la sociedad actual y su dinámica posible, se trata no de ver el mundo desde un solo lugar de la contradicción sino a través de la emergencia de huecos o silencios discursivos, de la presencia de intersticios en esa particular retórica utilizada para la representación de los hechos y de los sujetos y desplazarse entre las intersecciones, en las zonas donde es posible entrever otra narrativa de modo de confrontar el relato periodístico con uno diferente, con otras voces, otras creencias, otras miradas y establecer la relación entre esas estrategias discursivas, los procesos sociales y las concepciones político – sociales que sustentan los discursos.

Confrontar la representación discursiva de los medios con las interpretaciones de quienes se han dedicado al estudio de esos fenómenos, permitió no sólo la comprensión del modo como interactúan lógicas discursivas diferentes sino también contextualizar los hechos en marcos interpretativos más amplios e incluir la problemática en el contexto de los nuevos escenarios que el mundo actual ofrece como mecanismos

legitimadores de la exclusión, a fin de dar cuenta cualitativamente de las implicancias de sus retóricas y desmontar el proceso de naturalización de los silencios y los procesos estigmatizantes que estos discursos reproducen. Así encarados, los estudios culturales pueden servir de estímulo para indagar bajo qué condiciones lo real puede dejar de ser la repetición de la desigualdad y la discriminación y convertirse en la escena del reconocimiento de los otros¹³.

Para el logro de ese objetivo, ha resultado sumamente fructífera la incorporación de dos nociones que nos han permitido la inclusión de los fenómenos locales en parámetros de alcance mundial: el concepto de “vidas desperdiciadas” de Zygmunt Bauman y el de “gesto interruptor” instalado por García Canclini.

La expresión “vidas desperdiciadas” (que da nombre al libro de Bauman) hace referencia al modo cómo hoy se expulsan fuera de los márgenes de la sociedad a los sujetos que son considerados “desechos humanos”, residuos no reciclables que están condenados a permanecer por fuera de lo social. Sin empleo y sin lugar son permanentemente confinados a los bordes o, del mismo modo que el jardinero arranca las malas hierbas, extirpados del conjunto social.

Este autor considera que la construcción del orden y el progreso económico tienen lugar por todas partes lo que trae como consecuencia la producción de cada vez mayor cantidad de “residuos humanos” para los cuales no existen “desagües”. Pertenecen a esa parte de la “población superflua” que no es expulsada en sentido estricto, que no está “afuera” (como es el caso de los refugiados) sino que permanece dentro, esperando ser reciclada o incorporada nuevamente a la vida útil. Sin embargo, esa posibilidad es cada vez más remota por lo que la condición de desperdicio humano asume en la mayoría de los casos un carácter permanente y da lugar a los ghettos urbanos. Así, la parte excedente de la población es mantenida más allá del recinto dentro del cual se busca el equilibrio económico y social. El lugar de sus campamentos “permanentemente temporales” se establece a cierta distancia de los otros lugares habitados por los “integrados” de modo que su presencia nociva no los alcance. Fuera de ese lugar constituyen un problema y un obstáculo; dentro de él quedan relegados al olvido. Como los espacios vacíos que pueden ocupar legítimamente no les pertenecen, las sociedades vuelven cada vez más contra sí mismas el filo de las prácticas excluyentes¹⁴.

¹³ Reguillo, Rossana. “Un malestar invisible: derechos humanos y comunicación”, *Chasqui* 64, diciembre '98.

¹⁴ Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona, Ediciones Paidós

En los casos que hemos estudiado observamos el mismo fenómeno: la exclusión es representada en los medios como algo que se produce espontáneamente, sin causa visible y, como no hay modo de percibir la inmoralidad en el sistema que excluye al sujeto - objeto sin expulsarlo totalmente sino dejándolo en condición de desecho, éste permanecerá siempre en su condición marginal, como residuo no reciclable que es uno de los rasgos estructurales del mundo contemporáneo.

Por su parte, la noción de “gesto interruptor” que acuña García Canclini hace referencia a esos actos visibilizantes de desconformidad o insatisfacción social. El autor considera que se trata de “sectores desocupados o excluidos de la productividad o el consumo mundializados que, no logrando ser representados por los políticos ni escuchados por los gobiernos, cortan carreteras, hacen ‘escraches’”. Para él, estos actos cumplen una función discursiva esencial porque “el relato de la globalización es entrecortado por la irrupción de intereses locales insatisfechos, por gestos interruptores que hacen estallar el discurso hegemónico y cuyo objetivo no es el poder sino más bien legitimar identidades”.

De este modo, Canclini relaciona la problemática del fenómeno transgresor con los modos constitutivos de las identidades sociales para cuyo tratamiento es imprescindible tener en cuenta los procesos de globalización que han cambiado los modos anteriores de configurar sujetos. Para este autor, las identidades de los sujetos se forman ahora en procesos interétnicos e internacionales. Lo que significa ser sujetos hoy no puede pensarse sólo desde la cultura en que se ha nacido sino desde una enorme variedad de repertorios simbólicos y modelos de comportamiento. Esta nueva condición intercultural y transnacional de la subjetividad trae como una de sus consecuencias más visibles las dificultades de manifestarse como ciudadanía. Hay un desacuerdo estructural entre el orden político organizado en Estados nacionales, que sólo tienen competencia en asuntos internos, y los flujos de capitales, bienes y mensajes que circulan transnacionalmente sin intervención de los ciudadanos y sin reglas. Se trataría de un rasgo antidemocrático del proceso de globalización pues sustrae las decisiones de la acción de los ciudadanos para concentrarlas en las elites financieras y políticas internacionales¹⁵.

Esas dificultades para construirnos como sujetos en el mundo actual también las considera Bauman al referirse a que la producción de residuos humanos, de poblaciones

Ibérica, 2005.

¹⁵ García Canclini. *La globalidad imaginada*. Buenos Aires, Paidós, 2000.

superfluas, es una consecuencia inevitable de la modernización. Para él, convivir con los otros ha sido un problema omnipresente de la sociedad occidental, de allí que surjan estrategias relacionadas con la negación y la exclusión como la separación del otro excluyéndolo, la asimilación del otro despojándolo de su otredad, la invisibilización del otro mediante la desaparición del mapa mental.

VI. Identidad y exclusión

Hemos visto, entonces, que los sujetos se constituyen a partir del entrecruzamiento de lógicas discursivas que construyen desde sus propias miradas las identidades sociales, a través de relatos y estrategias argumentativas que dialogan entre sí mediante la confrontación y la diferencia. En ese proceso hemos observado, también, que sobre los sujetos menos favorecidos operan mecanismos de silenciamiento y de ocultamiento que tienden a evitar toda estrategia posible en la construcción de una imagen identitaria duradera y socialmente aceptada.

Desde esta perspectiva, coincidimos con Arfuch¹⁶ en la idea de **la descencialización** de la identidad, es decir, que la identidad no tiene que ver con el innatismo o una sumatoria de rasgos permanentes sino como posicionalidad. La concepción del sujeto se presenta hoy como no esencial, constitutivamente incompleto y, por lo tanto, abierto a identificaciones múltiples, en tensión hacia lo otro, lo diferente, a través de posicionamientos contingentes que es llamado a ocupar.

El modo peculiar en que estos posicionamientos se producen va redefiniendo la relación entre el individuo y la sociedad o entre la experiencia personal, biográfica y las pertenencias e identificaciones que se delinean en el espacio público. Se trata, entonces, de un descentramiento del sujeto vinculado a una posición enunciativa dialógica (de raíz bajtiniana) que hace que ya no se trate de un sujeto autónomo sino constituido en la interacción y entrecruzamiento de estrategias discursivas por lo que debe ser pensado a partir del contexto de diálogo que da sentido a su discurso.

Esta descencialización y descentramiento del sujeto y la modificación de la estructura social favorecen la expansión de mecanismos de “desenclave” que liberan las relaciones sociales de su fijación a unas circunstancias locales específicas,

¹⁶ Arfuch, Leonor. “Problemáticas de la identidad y culturas contemporáneas”, en: Margulis, M y Urresti, Marcelo (comp.). *Op.cit.* pp.51-55.

recombinándolas a lo largo de grandes distancias espacio-temporales¹⁷. Por esa razón, al ser presentadas la exclusión, la marginalidad y la pobreza como generadas espontáneamente y al ser tratado el sujeto como objeto, se tiende a reforzar la creencia de que la estructura social está determinada por un orden sobrenatural y autónomo, no humano, una entelequia, una especie de “sistema experto” que funciona deshumanizadamente, por lo que dicha estructura se instala en el imaginario como un destino natural e irreversible.

La complejidad de ese proceso se manifiesta a través de rasgos concurrentes y produce consecuencias indeseables porque implica una particular desarticulación de las relaciones sociales que impactan negativamente en las constituciones identitarias.

En principio, la exclusión en sus variadas manifestaciones (la crisis en la estabilidad laboral, el desempleo, la desprotección social, la lógica del mercado) erosiona los modos en que los individuos se ubican e identifican dentro de su medio social.

En segundo término, la diferenciación avanza tanto que la sociedad pierde la noción de sí misma en tanto sociedad. Se desvanecen las representaciones colectivas acerca del orden y, por lo tanto, los sentimientos de arraigo social y de pertenencia a una comunidad.

En tercer lugar, los procesos de creciente complejidad y transformación de la estructura social hacen que el sujeto de la democracia –el pueblo- se despliegue en una pluralidad de actores individuales y colectivos, que dejan de ser sociales y se vuelvan hacia sí mismos.

Finalmente, a pesar de la aparente homogeneidad de la globalización, subsisten las diferencias y desigualdades, especialmente en el caso de las “personas pobres...que se ven sometidas a un entramado de relaciones de privación de múltiples bienes materiales, simbólicos, espirituales y de trascendencia imprescindibles para el desarrollo de su identidad esencial y existencial” que son, en definitiva, *privaciones de identidad* porque afectan interrelacionadamente sus dos dimensiones: “la esencial que es el rasgo común de todos los hombres en cuanto tales, que les confiere dignidad humana, y la

¹⁷ Esta idea de desenclave y de la extensión de las dimensiones espacio-temporales a las que hace referencia Giddens coincidiría con las que realizan, en las obras ya citadas, Bauman (al referirse a que los casos de expulsión que “suceden por todas partes” son producto de la modernidad y convierten en marginales, refugiados o emigrantes a gran parte de la población mundial), García Canclini (cuando señala que los procesos de globalización sustraen las reglas y el poder de decisión de los ciudadanos) y Arfuch (cuando hace referencia a la existencia de nuevos parámetros articuladores del lazo social ante el debilitamiento de los valores de universalismo y la creciente fragmentación política, cultural e identitaria de la escena contemporánea).

existencial que es aquella que les otorga a las personas la posibilidad y el derecho de ser diferentes¹⁸.

Todo este proceso expresaría, además, “un nuevo límite de la política: la imposibilidad de los estados de hacerse cargo de las vidas prometidas según el precepto de la igualdad, el desvanecimiento del mito de la movilidad social, la aceptación tácita, en definitiva, de la debilidad, la falta, la carencia, como naturales”¹⁹, situación que estas retóricas favorecen pues promueven la exención de las responsabilidades ocultando y legitimando la exclusión que se vuelve, por esa razón, permanente e irreversible.

Bibliografía

- Arfuch, Leonor. El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Arfuch, Leonor (comp.). Identidades, sujetos y subjetividades. Buenos Aires, Prometeo, 2002.
- Bauman. Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias. Barcelona. Ediciones Paidós -Iberia,2005.
- Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (Comp.) Globalización e identidad cultural. Bs. As., Ed. Ciccus, 1997.
- Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (Comp.) La dinámica global/local. Bs. As., Ed. Ciccus, 1999.
- Brunelli, Anahí. “Gesto interruptor e itinerario narrativo”. Anuario de Investigaciones 2003.Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.
- Cheresky, Isidoro. Poder presidencial, opinión pública y exclusión social. Buenos Aires, Manantial, 2008.
- Dabas, Lina y Najmanovich, Denis (comp.).Redes. El lenguaje de los vínculos. Paidós, Buenos Aires, 1995.
- Filmus, Daniel (comp.) Los noventa. Política, sociedad y cultura en América y Argentina de fin de siglo. Bs. As., Eudeba, 1999.
- Foucault, Michael. El orden del discurso. Barcelona, Tusquets, 1980.
- García Canclini, Néstor. Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad. Barcelona, Gedisa, 2004.

¹⁸ Vasilachis de Gialdino, Irene. *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona, Gedisa, 2003.

¹⁹ Arfuch, Leonor. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, FCE, 2002.

- García Canclini, Néstor. La globalización imaginada. Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Gauthier, Gilles y otros (comp.). Comunicación y política. Barcelona, Gedisa, 1998.
- Giddens, Anthony. Modernidad e identidad del yo. Barcelona, Península, 1997.
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (comps.). La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural. Buenos Aires, Oficinas de publicaciones del CBC, UBA, 1997.
- Mangone, Carlos y Warley, Jorge (ed.) El discurso político, del foro a la televisión. Buenos Aires, Ed. Biblos, 1994.
- Marafioti, Roberto (comp.). Recorridos Semiológicos. Signos enunciación y argumentación. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Marafioti, Roberto. Los patrones de la argumentación. La argumentación en los clásicos y en el siglo XX, Buenos Aires, Biblos, 2005.
- Mouchon, Jean Política y medios. Barcelona, Gedisa, 1999.
- Rossana Reguillo. “Un malestar invisible: derechos humanos y comunicación”, Chasqui 64, diciembre '98.
- Santibañez Yañez, Sebastián y Marafioti, Roberto (ed.) De las falacias. Argumentación y comunicación. Buenos Aires, Biblos, 2008.
- Santibañez Yañez, Sebastián y Marafioti, Roberto (coord.) Teoría de la argumentación. Buenos Aires, Biblos, 2010.
- Vasilachis de Gialdino, Irene. Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales. Barcelona, Gedisa, 2003.
- Vasilachis de Gialdino, Irene. “La construcción de las identidades en la prensa escrita. Las representaciones sociales sobre los trabajadores y los pobres o las otras formas de ser de la violencia”, en Sociedad, n° 15, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, diciembre de 1999; pp.65-101.
- Vasilachis de Gialdino, Irene. Discurso político y prensa escrita. Barcelona, Gedisa, 1997.